

organismo, y es lo que le obliga á suspender el funcionamiento del cerebro y á hacer más lentas algunas secreciones, así como también la respiración, la circulación y el desarrollo de calor. De donde se deduce que la paralización total del proceso vital, debe procurar un gran descanso á su fuerza motriz; quizá este descanso contribuye á la expresión de dulce tranquilidad que se dibuja en la faz de la mayoría de los muertos. En suma, el instante en que expira el hombre debe asemejarse á aquel en que despierta de una larga y penosa pesadilla.

Llegamos así á la conclusión de que la muerte, á pesar del miedo que inspira, no puede ser un mal. Al contrario, es muchas veces un bien que deseamos, una amiga compasiva y bien venida. Cuando el hombre choca con obstáculos que le hacen imposible la vida ó aniquilan todas sus esperanzas, cuando alguna enfermedad incurable ó penas de que no puede consolarse le abrumen, le queda un último refugio, que se le ofrece por sí mismo muchas veces: volver al seno de la naturaleza que, al igual de cuanto existe, abandonó por un breve instante, agujoneado por la esperanza de hallar en la vida condiciones mucho más favorables de las que encontró. Esta retirada está siempre libre; es la *cessio bonorum* del ser viviente. Sin embargo, aun dadas estas circunstancias, el retorno no se efectúa sin una lucha física ó moral; tan profundamente innata es la resistencia á retornar á un estado que con tanta facilidad se trocó por una existencia tan rica en dolores cuanto pobre en alegrías. Los indios representan á Yama, el dios de la muerte, con dos caras, una sombría y terrible, otra alegre y benévola. Esto se explicor lo que acabo de exponer.

En el terreno empírico en que seguimos mantenién-

donos, hay todavía otra consideración, que surge de suyo y que merece algún esclarecimiento que la precise y determine los justos límites á los cuales conviene reducirla. El aspecto de un cadáver nos indica que en él la sensibilidad, la irritabilidad, la circulación, la reproducción, etc., han cesado. De ahí deducimos con certeza que el principio, desconocido de nosotros, que ponía en actividad todas esas facultades, ha cesado de obrar, se ha alejado de allí. Pero si quisiéramos añadir que ese principio no debió de ser otra cosa que lo que conocemos como nuestra propia conciencia, nuestra inteligencia (el alma); semejante conclusión, á más de no hallarse autorizada por las premisas, sería evidentemente falsa, pues la conciencia no se nos muestra jamás como la causa, sino como el producto y el resultado de la vida orgánica; crece ó se debilita al compás de ésta, cual observamos en las diferentes edades de la vida, en los estados de salud y de enfermedad, en el sueño, el desvanecimiento y el despertar, por donde la vemos siempre como un efecto y no como la causa de la vida orgánica. La vemos nacer, disiparse, renacer de nuevo, mientras las condiciones precisas existen, jamás sin ellas. Y vemos más: vemos que la subversión total de la conciencia, la vesania, lejos de pervertir y deprimir las demás fuerzas, poniendo en peligro la vida, las aumenta, particularmente la irritabilidad y la fuerza muscular, y que prolonga la vida en vez de abreviarla, á menos de concurrir causas concomitantes contrarias. Hemos visto también que la individualidad es un atributo de ese organismo, y, por tanto, también de la conciencia, cuando el organismo es un ser consciente de sí. Mas esto no nos da razón alguna para deducir que la individualidad sea inherente al prin-

cipio desconocido que animaba al organismo y que se separó de él al sobrevenir la muerte, y tanto menos podemos hacer tal deducción, cuanto que en toda la naturaleza cada fenómeno particular es obra de una fuerza general que actúa en millares de fenómenos semejantes.

Tampoco tenemos derecho á deducir que, habiendo cesado la vida orgánica, la fuerza que la había mantenido hasta entonces haya quedado aniquilada igualmente, pues la detención de la rueda no significa la muerte de la hilandera. Cuando un péndulo, encontrando su centro de gravedad, llega al reposo, perdiendo así su apariencia de vida individual, nadie creerá que por aquel hecho la fuerza de la gravedad ha desaparecido, sino que cualquiera comprende que continúa obrando lo mismo que antes en innumerables fenómenos. Verdad es que se puede objetar contra esta comparación que en dicho caso la gravedad no cesa de obrar tampoco en el péndulo, y que lo único que ha hecho ha sido cesar de manifestar visiblemente su actividad; sustituyamos si se quiere el péndulo por un aparato eléctrico, en el cual, efectuada la descarga, la electricidad cesa verdaderamente de obrar.

Sólo he querido mostrar con estos ejemplos que reconocemos directamente hasta en las fuerzas naturales inferiores una eualidad de eternidad y ubicuidad, sin que la índole fugaz de sus pasajeras manifestaciones pueda extraviarnos en este punto ni aun por un instante. Por lo mismo, no tenemos derecho á tomar la cesación de la vida por aniquilamiento del principio vital, ni la muerte por la destrucción total del hombre. Aunque el brazo robusto que hace tres mil años tendía el arco de Ulises no exista, ningún espíritu

racional y bien organizado creará aniquilada para siempre la fuerza que en él obraba tan enérgicamente, ni tampoco, reflexionando maduramente, admitirá que la fuerza que hoy dobla un arco ha comenzado á existir con el brazo que ejecuta esta acción. Es mucho más natural admitir que la fuerza que animó en lo pasado una vida hoy extinguida es la misma que anima la vida hoy existente: esta conclusión es inevitable.

Sabemos de un modo cierto, por lo que demostré en el segundo libro, que sólo es perecedero aquello que forma parte del encadenamiento causal, es decir, los estados y las formas. Lo que está libre de los cambios que originan las causas es, por una parte, la materia, y por otra, las fuerzas naturales, pues ambas cosas son las condiciones previas de toda modificación. Por el momento debemos considerar al principio vital como una fuerza natural, al menos hasta que un estudio más profundo nos lleve á conocer lo que es en sí. En este concepto de fuerza natural, el principio vital está libre del cambio de formas y estados que trae y lleva la serie de las causas y los efectos y que son lo único que está sometido al nacimiento y la muerte, tales como en la experiencia los vemos. En este sentido, la inmortalidad de nuestra esencia está demostrada con certeza. Se que esto no satisface á los que buscan una demostración de nuestra permanencia después de la muerte y que no llega á ser todavía el consuelo que de ella esperan. Pero es algo, sin duda, y los que temen en la muerte una destrucción absoluta no deben desdeñar la certeza perfecta de que el principio más íntimo de nuestra existencia no puede ser alcanzado por aquella destrucción. Pero hay más; se puede todavía sentar la paradoja de que

el segundo elemento que, con las fuerzas naturales, está libre del cambio perpetuo de estados debido al encadenamiento causal, es decir, la materia, nos garantiza, por virtud de su permanencia absoluta, una indestructibilidad que debe servir de consuelo y dar la seguridad de una eternidad de cierto orden á los que no sean capaces de comprender otra.

—¿Cómo—se dirá—la permanencia de lo que es polvo, de una vil materia, será lo que debemos considerar como permanencia de nuestro ser? Vamos por partes. ¿Conocéis bien ese polvo? ¿Sabéis lo que es y lo que puede? Aprended á conocerle antes de despreciarle. Esa materia, que no es en este momento más que polvo y ceniza, bien pronto disuelta en el agua, será cristal, brillará bajo la forma de metal, lanzará chispas eléctricas, adquirirá con la corriente galvánica fuerza para descomponer las combinaciones más estables y para reducir los metales de sus óxidos; se metamorfoseará en planta y en animal, y desenvolverá en su seno misterioso esa vida cuya pérdida temen tanto las inteligencias limitadas. ¿No es nada durar bajo la forma de materia semejante? Lo afirmo positivamente: la permanencia de la materia testifica de la indestructibilidad de nuestro verdadero ser, aunque sólo sea como imagen y comparación, ó más bien como imperfecto bosquejo. Para comprenderlo remito al lector á las explicaciones dadas en cap. XXIV, de donde resulta que la pura materia, la materia todavía informé, la que por sí misma no puede ser percibida, pero que es la base permanente y la condición previa del mundo real, es el reflejo directo, la visibilidad de la cosa en sí, ó voluntad, y que, por tanto, participa debajo de las condiciones de la experiencia, de las cualidades propias de la voluntad en sí y reproduce

la eternidad verdadera bajo la imagen de una permanencia en el tiempo.

Como la naturaleza no miente, según tengo dicho, ninguna teoría, lógicamente deducida, puede ser falsa cuando se deriva de una concepción verdaderamente objetiva de la naturaleza; á lo sumo, en el peor caso, será unilateral é incompleta. Así es indudablemente el materialismo consecuente, por ejemplo, el de Epicuro, de igual modo que su contrario el idealismo absoluto, v. g., el de Berkeley, y por lo general todo sistema filosófico nacido de una concepción exacta y desarrollada de buena fe. Lo que hay es que estos sistemas miran sólo un lado ó aspecto de la cuestión, y, por consiguiente, á pesar de su mutua oposición, son todos verdaderos al mismo tiempo, cada uno desde su punto de vista; pero cuando se mira desde más alto, se advierte que su verdad es sólo relativa y condicional. Únicamente el punto de vista supremo, desde el cual, al abarcar todas estas teorías, se ve su verdad dentro de cierta esfera y su falsedad fuera de ella, es el punto de vista de la verdad absoluta en cuanto puede ser asequible para nosotros. Según esto, y como he demostrado antes, en la antigua y grosera teoría materialista vemos representada la indestructibilidad de nuestra esencia por la de su sombra; es decir, por la permanencia de la materia, como en el sistema menos primitivo del naturalismo absolutamente físico la vemos representada por la ubicuidad y la eternidad de las fuerzas naturales, entre las cuales hay que incluir la fuerza vital. Así, pues, estos atisbos primitivos nos dicen ya implícitamente que la criatura viviente no está condenada por la muerte á un aniquilamiento total, sino que continúa existiendo con el conjunto de la naturaleza y dentro de ese mismo conjunto.

Las consideraciones que nos han conducido hasta aquí, y á las cuales se han agregado sus desenvolvimientos naturales, tenían por punto de partida el terror evidente que inspira la muerte á todo ser dotado de vida. Vamos ahora á cambiar de punto de vista, Para observar cómo se conduce respecto de la muerte el conjunto de la naturaleza, á diferencia del individuo. Para hacer este estudio, seguiremos limitándonos al terreno empírico.

De cierto, no hay más grave negocio que aquel en que jugamos nuestra vida ó nuestra muerte; todo lo que puede decidir de ella, llama nuestra atención en el más alto grado y solicita nuestra simpatía ó nuestro temor, puesto que para nosotros se juega en esa partida el todo por el todo. Por el contrario, la naturaleza, que no miente jamás, que es franca y sincera siempre, habla de este punto en un lenguaje completamente distinto; se expresa como Krischna en el *Bhagavat Gita*. Piensa que la muerte y la vida del individuo no tienen importancia alguna, y manifiesta su pensamiento abandonando la vida de todos los animales, incluso el hombre, á cualquier azar, sin acudir en su auxilio. Ved ese insecto en vuestro camino; la menor desviación de vuestro pie es decisiva para su vida ó su muerte. Observad la babosa desprovista de todo género de recursos para huir, para defenderse, para ocultarse ó para emplear la astucia, presa fácil y al alcance de todos. Ved al pez jugar descuidado junto á la red que va á cogerle; á la rana demasiado indolente para huir y librarse de la muerte; al pájaro que no divisa al milano que se cierne sobre él; al cordero á quien espía el lobo, oculto tras un matorral. Desprovistos casi por completo de previsión, todos estos seres caminan con confianza en

medio de los peligros que á cada instante les amenazan.

La naturaleza, al entregar estos organismos tan maravillosamente ingeniosos, no sólo á la rapacidad del más fuerte, sino al más ciego azar, al capricho de un aturdido ó á la travesura de un niño, afirma bien claro que le es indiferente el aniquilamiento de los individuos; que no pierde nada con su muerte, que no le va nada en ello, y que en todos esos casos el efecto, como la causa, carece de importancia. Y al hablar así no miente; pero no comenta sus sentencias y se expresa en el estilo lacónico de los oráculos. Para que nuestra madre común entregue así sus hijos, sin defensa, á los mil peligros que les amenazan, ha de ser porque sabe que si caen es para volver á su seno, donde se encuentran al abrigo de todo riesgo, siendo su caída sólo un juego.

Sus procedimientos para con el hombre son los mismos que con las bestias. Lo que dice ella se aplica también al ser humano. No se cuida de la vida ó la muerte del individuo. Por tanto, la vida y la muerte deberían sernos también indiferentes, puesto que la naturaleza es lo que nosotros mismos. Es cierto que si nuestra mirada pudiera ir muy lejos, participaríamos de su manera de ver las cosas y contemplaríamos la vida y la muerte con ojos indiferentes. Sea comoquiera, nuestra razón debe interpretar la indiferencia de la naturaleza por la vida de los individuos, como una prueba de que la destrucción de un fenómeno de este género no afecta á la verdadera y propia esencia.

Consideremos además que no solamente, como acabamos de ver, dependen la vida y la muerte de la más fútil circunstancia, sino que, en general, la existencia

de los seres orgánicos es efímera; que animales y plantas nacen hoy para morir mañana; que su nacimiento y su muerte se suceden con rapidez, mientras que el mundo inorgánico, colocado más abajo en la escala, tiene una duración incomparablemente más larga, y la materia absolutamente informe tiene una permanencia indefinida que reconocemos hasta *a priori*. Meditemos todo esto; y cuando nos hayamos hecho cargo, de una manera empírica, sí, pero objetiva é imparcial, de semejante orden de cosas, sentiremos formarse en nosotros, por sí misma, la convicción de que ese orden no puede ser más que un fenómeno superficial; de que ese perpetuo nacer y desaparecer no afecta á la raíz misma de las cosas, sino que es relativo, ó mejor dicho, aparente. El ser verdadero de las cosas, su principio íntimo absolutamente misterioso, que se esconde por completo á nuestras miradas, permanece á salvo de semejantes ataques y continúa existiendo aunque nosotros no seamos capaces de percibir ni de comprender siquiera cómo sucede esto y no podamos representárnoslo más que de una manera general y vaga.

El hecho de que lo más imperfecto, lo que está en lo más bajo de la escala, el reino inorgánico, permanezca intacto, mientras que los seres más perfectos, las criaturas vivientes, con sus organismos infinitamente complicados y maravillosamente ingeniosos, tienen que renovarse de continuo y caer, tras corto intervalo de tiempo, en la nada, para dejar el puesto á otros seres semejantes que saldrán de la nada para entrar en la existencia, este hecho, digo, es tan absurdo, que no puede admitirse que sea el verdadero estado y ser de las cosas. No puede ser más que una apariencia exterior, que nos oculta el orden real del

mundo; ó, hablando con mayor exactitud, no es más que un fenómeno condicionado por la constitución especial de nuestra inteligencia. Diré más: esa existencia y no existencia de los seres individuales, para los cuales la vida y la muerte son términos contrarios, no es más que una cosa relativa. El lenguaje de la naturaleza, que nos la presenta como absoluta, no puede ser la verdadera y última expresión de la constitución y el orden de las cosas en el mundo; ese lenguaje no puede ser, en este caso, más que un dialecto local, que emplea expresiones que sólo relativamente son exactas. Lo que expresa es algo que no debe tomarse al pie de la letra; ó, mejor dicho, es un efecto debido á la naturaleza de nuestra inteligencia.

Afirmo que una convicción inmediata, intuitiva, tal como he tratado de describirla por medio de circunloquios, debe imponerse á todo el mundo, descontando aquellos cuyo espíritu vulgar no divisa más que las cosas particulares, sin pasar más allá, y que, asemejándose en la inteligencia á los animales, se limitan estrictamente á conocer individuos. Por el contrario, todo hombre cuya inteligencia, por poco elevada que sea, comienza á entrever lo general, la idea, dentro de lo particular, no podrá menos de compartir esta convicción en cierta medida, pero de una manera directa y cierta, por lo tanto. Sólo los cerebros estrechos pueden temer seriamente la muerte como la aniquilación de su ser. Los espíritus realmente eminentes están muy lejos de abrigar estos temores. Platón fundaba, con razón, toda su filosofía en el conocimiento de las ideas, es decir, en la facultad de descubrir lo general dentro de lo particular. Pero esta convicción, resultado inmediato de una comprensión intuitiva de la naturaleza, debe, sobre todo, de haber tenido ver-

dadera vida en los sublimes autores del *Upanischad* de los Vedas, á los cuales apenas podemos considerar como humanos, pues allí se revela bajo innumerables expresiones y con tal insistencia, que debemos atribuir esa iluminación directa de su espíritu á que aquellos sabios, más próximos en el tiempo al origen de la razón humana, percibían la esencia de las cosas más precisa y más profundamente que pueden hacerlo las generaciones decadentes de hoy. No olvidemos tampoco que tuvieron, para facilitar su comprensión, el clima de la India, donde la naturaleza se muestra adornada de vida mucho más vigorosa que en nuestros países del Norte. Sin embargo, una larga reflexión, como la realizó la gran inteligencia de un Kant, puede conducir por otro camino al mismo resultado, pues nos enseña que nuestro intelecto, en el cual se representa el mundo fenomenal, tan móvil y mudable, no concibe la verdadera esencia, el último principio de las cosas, sino únicamente su apariencia exterior. A lo cual agregó, por mi parte, que la inteligencia no puede hacer más que esto, porque en principio está destinada á suministrar motivos á la voluntad, es decir, á servir-la en la persecución de sus fines mezquinos.

Continuemos nuestras consideraciones objetivas é imparciales sobre la naturaleza. Cuando mato á un animal, sea un perro, un pájaro ó una rana ó siquiera el más miserable insecto, es realmente imposible creer que aquel ser, ó más bien la fuerza primitiva por virtud de la cual se manifestaba un momento antes aquel fenómeno tan admirable en toda su energía y en toda su goce de vivir, haya podido ser reducido á la nada por mi acto de maldad ó de aturdimiento.

Por otra parte, es igualmente inadmisibile que los millones de seres de todas las especies que nacen á

cada momento, varios hasta lo infinito, llenos de vigor y de actividad, no fuesen nada antes del acto que los engendró, y que hayan tenido su comienzo absoluto de la nada. Viendo á alguna de estas criaturas desaparecer de nuestra vista sin que sepamos jamás dónde va y viendo aparecer otra, sin saber tampoco de dónde viene; observando además que ambos seres tenían la misma conformación, la misma naturaleza, los mismos caracteres, y sólo se diferenciaban por la materia, que es, por otra parte, lo que desechan y renuevan incesantemente durante su vida, la suposición de que el ser desaparecido y el que viene á reemplazarle son un mismo ser, que ha sufrido tan sólo una pequeña modificación, una renovación de su forma de existencia, y que, por consiguiente, la muerte es para la especie lo que el sueño para el individuo, esta suposición, repito, se presenta tan claramente al espíritu, que es imposible no llegar á ella, á menos que, falseado aquél desde la primera juventud por los principios que le hayan inculcado, no se aparte de esta consideración, movido de un temor supersticioso.

Admitir, por el contrario, que el nacimiento del animal es una producción *ex nihilo* y su muerte un aniquilamiento absoluto, añadiendo como complemento que el hombre, aunque hecho de la nada como el animal, tiene en perspectiva la permanencia individual, y lo que es más, la permanencia de su conciencia, mientras que el perro, el mono y el elefante son aniquilados por la muerte, es aceptar una hipótesis contra la cual no puede menos de sublevarse el sentido común, ante el cual resulta absurda. Si, como se ha repetido hasta la saciedad, para comprobar la verdad de las conclusiones de un sistema, hay que compararlas con los enunciados del sentido común, sería de de-